



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEÓN

Arzobispado de Burgos

C I R C U L A R

Peregrinación á Roma

Nunca se borrará de nuestra memoria el recuerdo de la peregrinación Burgalesa que tuvimos el honor de presidir con motivo del jubileo pontifical de León XIII (q. s. g.-h.). El entusiasmo que en todos los pueblos de la provincia eclesiástica produjo el pensamiento de llevar á los pies del Vicario de Jesucristo una numerosa representación de la misma, las muchas personas que se apresuraron á poner sus nombres en las listas de los romeros, las fervorosas manifestaciones de adhesión á la Santa Sede y de afecto al Supremo Jerarca realizadas en la capital de nuestra amadísima archidiócesis á la salida y al regreso de los peregrinos nos fueron de gran consuelo y nos causaron inefable alegría.

El quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción proclamada por Pío IX y el deseo de conocer y de presentar personalmente al nuevo Pontífice Pío X el homenaje de la obediencia y del respeto son poderosos

motivos para que se organice otra peregrinación que constituya una prueba más de la fé, de la devoción y de la generosidad de la cristianísima é hidalga provincia de Burgos.

Conocemos cuan costosa es hoy la vida y multiplicados y subidos los impuestos é incierto y temeroso el porvenir: los antiguos romeros hacían el viaje á pie y manteniéndose de limosna; hoy las peregrinaciones, mucho menos molestas, más fáciles y más breves y seguras, exigen, si no grandes sacrificios personales, no pequeños sacrificios pecuniarios. Pero el objeto y la ocasión del viaje bien merecen el gasto de algún dinero y el sacrificio de alguna incomodidad.

Aunque la *Ciudad Santa* no se hallara al fin del camino, tiene éste atractivos singulares que invitan á emprenderle: paisajes históricos cuyo nombre va unido á los más célebres é importantes acontecimientos, poblaciones monumentales donde se ostentan las manifestaciones más bellas del arte, montañas siempre verdes hermoseadas por un cultivo intensivo y esmerado, regiones feracísimas en que la naturaleza diríase que hace gala y alarde de sus más variados y espléndidos productos, construcciones gigantescas y atrevidísimas de la ingeniería ferroviaria, climas suaves y benignos, mares armoniosos y rientes, horizontes luminosos y despejados, cielos limpios y serenos.

Y por término del viaje Roma, la ciudad de los inmortales destinos, el centro del mundo, el eje de la historia, el foco y la síntesis de toda la humana cultura.

La historia romana es durante muchos siglos la historia de la civilización universal: la ciudad de las siete colinas fué engrandeciéndose y dilatándose hasta abarcar con su dominación ó con su influencia todo el mundo conocido; sus guerreros pasearon triunfantes las águilas por todas las latitudes; sus magistrados gobernaban las antiguas naciones independientes convertidas en otras tantas provincias; sus legisladores dictaban las leyes por las que se regía la humanidad; sus genios, cuando murió el genio de la Grecia, conservaron y transmitieron á los futuros siglos la sabiduría clásica y aumentaron con ingentes acrecentamientos el caudal de las artes.

Para que el poder divino resaltara más con el contraste entre la grandeza del resultado y la pequeñez de los medios,

en Roma, panteón de todos los dioses, templo inmenso erigido á la sensualidad y á la soberbia, puso su cátedra el Vicario del Dios único, el jefe de los predicadores de una religión de mortificación y de humildad; un obscuro pescador de Galilea sin más armas que la promesa de Cristo arrancó de la frente de los Césares, dominadores del mundo, la corona de los Pontífices paganos, y desde entonces la importancia de la ciudad eterna aumentó de modo incomparable. Allí se riñó la principal batalla entre la mansedumbre de los mártires y el furor de los verdugos; allí se definían las doctrinas cuyos resplandores iluminaban los entendimientos y se decretaban los cánones cuya sabiduría regulaba las conciencias; de allí salían los misioneros que llevaban la luz de la religión cristiana á los países bárbaros é idólatras, los presidentes de los concilios ecuménicos, los árbitros en las discordias religiosas, los pacificadores de las naciones y de los príncipes, los organizadores de la jerarquía eclesiástica.

Las águilas romanas llevaron á su nido los despojos de todas las civilizaciones; la ciudad de Rómulo llegó á ser el museo universal de las artes; de entre los torrentes de sangre y los diluvios de fuego con que se devastó y asoló repetidas veces á la nueva Babilonia para purificarla de su idolatría y castigarla por sus crímenes, los jefes del cristianismo libraron del naufragio, en aquellas deshechas borrascas, obras maestras del arte griego, etrusco y egipcio y merced á ellos puede aun admirarse y estudiarse monumentos interesantísimos de la Roma pagana: columnas, templos, sepulcros, cárceles, pórticos, basílicas, arcos, palacios, fuentes ornamentales, estatuas, puertas de murallas, termas, anfiteatros, circos, fosos, puentes y otros innumerables edificios y construcciones llenas de recuerdos de gloria y unidas á nombres los más famosos.

Pero no contentos con salvar en cuanto les fué dable los restos más preciosos de la cultura clásica, los Soberanos Pontífices embellecieron *su ciudad* con las obras maestras de los siglos cristianos: con pinturas como las de Rafael con efigies como las de Miguel Angel, con bibliotecas copiosísimas, con riquísimos archivos, con palacios suntuosos, con museos incomparables, con cementerios donde las estatuas que recuerdan la

muerte parecen animadas por un soplo de vida, con monumentales construcciones civiles de toda especie, con iglesias como la de S. Pedro, la mayor del mundo, la de San Pablo, verdadero derroche de mármol y oro, la de Letrán, *madre y cabeza de todas las iglesias*, que vió celebrarse cinco concilios universales, y en cuya restauración, digna del mayor elogio, tanta parte tuvo el último generosísimo Pontífice.

La devoción cristiana en ninguna parte, fuera de los lugares santificados por la vida y pasión del Redentor, encuentra mayores incentivos ni más dulces consuelos. Los sagrados restos del Príncipe de los Apóstoles, sus cadenas y su cátedra, el cuerpo de S. Pablo y las tres fuentes que milagrosamente brotaron al serle cortada la cabeza, el título del *Inri* de la cruz del Salvador, la mesa de la última cena, la escalera del palacio de Pilatos regada con la sangre y el sudor divino, el pesebre donde al nacer fué recostado el niño Jesús, la cabeza de S. Juan Bautista, infinidad de reliquias de los más ilustres santos, las cárceles donde se aherrojaba á los mártires, el coliseo donde eran arrojados á las fieras, las catacumbas donde se recogían sus restos ensangrentados.

Como aquel español que hizo el viaje á la capital del mundo para conocer á Tito Livio y una vez visto se volvió á su país sin detenerse á admirar los maravillosos monumentos de que estaba poblada, pareciéndole que nada había más digno de admiración, el católico en Roma se siente de un modo singular atraído por un monumento viviente del poder y de la bondad divina, por una institución que abarca todos los espacios y es más duradera que todos los siglos, por una persona cuya autoridad es superior á toda persona humana, por el Soberano Pontífice, Supremo Jerarca del cristianismo, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Vicario de Cristo en la tierra, piedra fundamental de la Iglesia de Dios, tesorero y dispensador de las gracias celestiales, y á quien han ido á visitar los varones más preclaros de todas las épocas de la historia y de todos los países del mundo para conocer la doctrina salvadora de que es depositario indefectible y maestro inerrable.

Hoy más que nunca es conveniente ir á postrarse ante la tumba de los Apóstoles á los piés del Padre común de los

cristianos. Como en otro tiempo Moisés oraba sobre la cumbre del monte por su pueblo que á las órdenes de Josué sostenía ruda batalla contra los Amalecitas, quienes llevaban la mejor parte cuando los brazos del gran legislador se cansaban de estar levantados al cielo: el Papa, Pontífice Supremo de la cristiandad, eleva á Dios desde el Vaticano fervientes plegarias á fin de aplacar su cólera irritada contra los delitos de los hombres; vayamos á sostener, cuanto esté de nuestra parte, sus manos levantadas para suplicar y para bendecir, ofreciéndole el testimonio de nuestra obediencia, de nuestra sumisión y de nuestra lealtad iunquebrantable. Imitemos á la Verónica, que atravesando por entre las turbas enemigas, y por entre los soldados y verdugos, limpió las salivas, el polvo y la sangre que cubrían la divina faz del Redentor; su Vicario desposeído de sus dominios como Jesús de su túnica inconsútil, desamparado de los poderes de la tierra á semejanza de El que se quejaba del abandono del Eterno Padre, blasfemado por las turbas que gritan como las de Jerusalén, *nolumus hunc regnare super nos*, no queremos que éste reine sobre nosotros, y antes preferirían á Barrabás; azotado por el insulto procaz de la prensa como el Salvador por el látigo de los verdugos, tratado cual Rey de burlas con el *Inri* de una ley de garantías engañosas, recorre un calvario de dolores morales y de ignominias apurando hasta las heces el cáliz de la amargura mientras las potestades de la tierra oyen impasibles sus protestas, y muchedumbres enloquecidas por el odio de clase y por el afán de goces desatienden su voz de paz y de concordia. Acudamos, pues, como hijos amantísimos á imprimir el ósculo de la veneración y del cariño en sus sagradas plantas, á mezclar nuestras lágrimas con las suyas, á hacer que junto á su corazón entristecido latan los nuestros rebosantes de piedad filial y de reverencia profunda y entrañable.

Y vayamos, no aisladamente, sinó en grupo el más numeroso posible, formando una peregrinación. Las peregrinaciones son de especial consuelo para el Padre Santo, constituyen una prueba de la vitalidad de la Iglesia y público testimonio de fe católica, desconciertan á los enemigos del Pontificado que dan por moribunda y sin arraigo popular esta institución divina, atraen sobre los peregrinos gracias especiales del cielo, sirven

de edificación á los extraños enervorizando á los mismos que de ellas forman parte, y contribuyen en gran manera á la unión de los católicos.

El viaje á Roma para lucrar las innumerables indulgencias concedidas á los que visitaren las santas estaciones coincidirá con una fiesta de la Virgen, la de su dichosísimo nacimiento; y así como allí veremos la más antigua Iglesia dedicada á su culto, la de Santa María *in Trastevere*, en el camino visitaremos la gruta de Lourdes donde se apareció diciendo: yo soy la Concepción Inmaculada. La experiencia de la pasada peregrinación hará que ésta pueda realizarse con mayor fruto, comodidad y baratura. Como la economía del viaje, que se hará deteniéndose en varias poblaciones, depende del número de peregrinos, para que aquella sea mayor, se admitirá también á los que de otras provincias eclesiásticas quieran formar parte de la peregrinación burgalesa.

Calahorra, fiesta de la Purificación de la Virgen, 2 de Febrero de 1904.— † FR. GREGORIO M.^a AGUIRRE, *Arzobispo de Burgos, Administrador Apostólico de Calahorra y La Calzada.*

A NUESTROS DIOCESANOS

En la precedente circular el Rdo. Metropolitano de Burgos convoca á los diocesanos todos de esta provincia eclesiástica para una peregrinación á Roma, á fin de hacer presentes al Vicario de Cristo los sentimientos de filial adhesión de que tantas pruebas y tan elocuentes tiene dadas la piedad de los fieles españoles.

Bien quisiéramos que los achaques de nuestra edad nos hubieran permitido el consuelo de acompañar á nuestro amado Metropolitano y presentar á los pies del R. Pontífice una nutrida peregrinación en protestación solemne de nuestro amor á la Cátedra de San Pedro; mas no siendo esto posible á nuestra ancianidad y deseando por otra parte que nuestros amados hijos tomen parte en este público homenaje de respeto y piedad, Nos congratulamos de que el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Burgos se digne acoger

entre las filas de los suyos á los fieles de nuestra diócesis que deseen emprender este viaje tan lleno de cristianas emociones como rico en detalles artísticos, según expone con palabra brillante la Circular á que nos referimos.

Bien sabido es de todos con cuánto amor y regocijo el Padre común ha recibido en toda ocasión estas piadosas manifestaciones que unen y estrechan más fuertemente los vínculos de caridad que ligan á la Iglesia esparcida por todos los países del mundo, así como son bien manifiestos los frutos de virtudes que producen en todas partes; mas en los actuales momentos nadie puede dudar de que hay motivos especialísimos para que el Santo Padre las reciba como consuelo dulcísimo en medio de las tribulaciones que le rodean.

A donde quiera que volvamos los ojos en los tiempos de irreligión en que vivimos, vemos amagada la vida de la Iglesia con mil géneros de persecuciones y combates que no pueden contemplarse sin lágrimas de dolor por la pérdida de las almas y el pueblo, solo el pueblo honrado, laborioso y sencillo que siempre ha merecido las distinciones de la Iglesia, como mereció los cuidados más tiernos del Salvador, es la esperanza de una regeneración cristiana y verdadera que puede cambiar la marcha desastrosa del mundo. Por eso el Sto. Pontífice, hijo del pueblo y encariñado con él en largos años de ministerio parroquial, le acogerá seguramente con aquella ternura que caracteriza sus obras, esperando que la mano misericordiosa del Señor se levante para bendecirle por su mediación y saciar, como lo hizo en el desierto, el hambre, y calmar la fatiga de las piadosas turbas que aun le siguen.

Animaos, por tanto, amados hijos nuestros, á dar este público testimonio de nuestra fé y á llevar este consuelo al R. Pontífice cuya presencia bastará por sí sola para compensaros de las fatigas de vuestro viaje y cuya bendición

paternal atraerá sobre vuestras frentes y sobre vuestras familias los dones del cielo y en vuestras oraciones fervorosas llevad las necesidades de vuestra alma y las de vuestra familia, sin olvidaros de esta España tan necesitada que tan grande fué en los días de su piedad, y pedid para todas ellas remedio y amparo al augusto representante de aquel Corazón que ardiendo siempre en amor á los hombres, decía, *venid á mí los que trabajais y estais fatigados, que yo os aliviare.*

Cuantos deseen tomar parte en la mencionada peregrinación, háganlo saber á nuestra Secretaría de Cámara á los efectos oportunos.

León, 10 de Marzo de 1904 † EL OBISPO.

EL AFFAIRE NOZALEDA

Creemos conveniente la difusión y propaganda del folleto que con el título «El Affaire Nozaleda» acaba de publicar en Madrid el escritor católico Severiano Aznar que en la prensa se firma con el pseudónimo de *El Doctor X.*

La mala prensa que es la de más circulación hoy por desgracia, ha llevado á todas partes el nombre de un Prelado ilustre cubierto de infamia. Ha tomado de aquí pretexto para herir á la iglesia y escitar los odios contra las órdenes religiosas.

El folleto de Severiano Aznar desenmascara á esa prensa á la que revela conocer á fondo, y en sus páginas se ven reflejadas todas las fases porque han pasado esos estrépitos de la calumnia en la prensa, en el público y en el parlamento.

Entrevius celebrados por el autor con el ex-Arzbispo de Manila, con generales, diputados, altos funcionarios de Filipinas, los documentos que justifican al Padre Nozaleda y lo más saliente de los discursos parlamentarios con este motivo pronunciados, dan á este folleto caracteres de prueba plenísima.

Las personas celosas de la verdad y entusiastas en estas obras de propaganda contra el mal, harán muy bien en procurar la repartición y difusión de este folleto entre toda clase de gentes.

Para dar facilidades á esta clase de propaganda, el autor le ha puesto un precio ínfimo. Vale un real cada ejemplar.

Los pedidos pueden dirigirse á casa del autor, Apodaca, 3, 3.º, ó á casa del Editor, Francisco Buendía, Arenal, 20, ambos en Madrid.